

## Testimonio

# Andrés Simón Lorda y su hijo Camilo Simón López. Descansen en paz.

Eduardo Martínez  
Del Instituto E. Mounier.

Desde hace unos años en el Instituto Emmanuel Mounier sufrimos una implacable sangría. Hermanos de edad avanzada, otros en la flor de la vida, todos compañeros irremplazables en el cariño y la militancia, nos han dejado antes de lo que la humana razón considera aceptable.

Primero fue Mariano Moreno el que enfermó y murió sorpresivamente cuando empezaba a dar fruto su gran preparación. Después fue Rubén Vázquez el que se marchó cuando su trabajo docente y pastoral dejaba huella tanto en el IEM como en Málaga (y cuando muchos le teníamos ya por amigo auténtico). El último fue el entrañable Cayetano Hernández; un sabio de corazón y cabeza cuya experiencia de compromiso social y cristiano es irremplazable.

Nosotros, que por fe nos sabemos en este mundo con un sentido trascendente, no podemos sino temblar ante la violencia de esta cadena que encuentra en Andrés y su hijo Camilo un eslabón trágico más.

Debo escribir estas líneas por encargo del IEM, aunque no me siento con fuerza para llevarlas a cabo. Andrés es para mí un hermano. Lo es en Cristo aunque no

por la carne. Además, este gigante cuyo tamaño sólo es comparable con su bondad, ha sido y es para mí un consejero, un apoyo, un acicate... un compañero del alma, de esos de los que Laín Entralgo (otro personalista fallecido hace poco) dice que son para compartir la vida entera.

Si fuera necesario destacar un rasgo de la rica personalidad de Andrés, creo que todos coincidiríamos al señalar su paz. Una paz interior que aflora en una constante voluntad conciliadora.

Permitidme el presente de indicativo al referirme a Andrés, pues él, como los otros compañeros o mi mismo padre, son ya para mí —y os hago ver que deben serlo para todos nosotros— presencia, intercesión y luz para el resto de nuestra vida.

Quizá lo mejor sea que me remita a la semblanza que hizo de él su hermano Pablo (él sí por la carne, además de por el espíritu) en el funeral al que asistimos muchos de sus amigos en Lugo, en la preciosa aldea de Guitiriz, la tierra de su esposa Soedade.

Como Pablo decía, Andrés fue una persona íntegra, y lo fue en tres planos para él irrenunciables. Fue un cristia-

no, fue un intelectual y fue un hombre de familia (padre, marido, hermano, hijo...).

Como cristiano entregó a la Iglesia su esfuerzo y su compromiso en la acción y en la reflexión. Fue un hombre de comunidad cristiana como lo atestiguan sus compañeros de Santiago y la serie de compromisos que juntos asumieron. Era, además, en el momento de su muerte, formador en varias instituciones docentes de la Iglesia.

Como intelectual España ha perdido una de las cabezas mejor preparadas de los últimos tiempos. Ciertamente estaba empezando, no era nada más —y nada menos— que un recién doctorado *cum laude* especializado en la obra de Husserl, pero con el centro de sus intereses puesto en la temática personalista. Era ahora cuando sus vastos conocimientos le debían conducir a la



ejecución de un pensamiento profundo y propositivo. En el IEM valoramos y agradecemos su colaboración esencial en la revista *Acontecimiento*, en las diferentes colecciones editoriales, y sobre todo en la magnífica Colección Espíritu de la que fue tan digno director durante años.

Sólo os puedo hablar de él como hombre de familia basándome en lo que yo conocí directamente de su vida privada. Su casa ha sido para nosotros un hogar siempre abierto y disponible. Era el suyo un matrimonio, una familia, repleta de amor; pero con la grandeza de no ser egoísta, nunca cerrada endogámicamente. La apertura y la generosidad que exhibían era fruto de un sentimiento profundo de gratuidad. Ciertamente, esta forma de vivir el cariño, más que aprenderla, la mamaron tanto Andrés como Soe en sus propias fa-



milias —tan entrañables— con las que hoy nos sentimos muy unidos en el afecto y el dolor.

Como último deseo, el de que estas líneas sirvan como oraciones por el resto de la familia de An-

drés, que hoy lucha por salir adelante. Tanto Soe como Alexandra, su hijita, estarán desde hoy en un lugar preferente de nuestro corazón, de nuestro cuidado y de nuestra plegaria.

### Primer recuerdo y última hora

El viernes, día 8 de junio, una llamada telefónica me anunciaba que, esa tarde, Andrés Simón había perdido la vida en un accidente de tráfico en una carretera de Lugo. Al día siguiente supe que también murió Camilo, su hijo de apenas un año. Su esposa, Soedade López Campo, se encontraba en coma, y se confirmaba que Alexandra, su hija de cuatro años, estaba ilesa.

A la noticia del aquel triste instante, podemos agregar a última hora, en el umbral de la imprenta, la alegría por el restablecimiento de Soedade, tan incierto en aquel entonces. Desde aquí, queremos hacerle llegar nuestro apoyo y nuestro cariño en estos difíciles momentos.

*Acontecimiento* ha perdido a un hermano muy querido. Él fue durante un largo periodo *alma mater* de muchos números y un abnegado e incansable trabajador en todos ellos, poniendo su proverbial bondad y sus profundos conocimientos al servicio de la revista. Su generosa y admirable labor se dejó notar especialmente en varios números, entre los que cabe destacar los dedicados a la cárcel (43), a la inmigración (49), reflejo de su sincero interés y dedicación a acción social, a la filosofía (42) y a la literatura (51), fruto de su inquietud intelectual. Como miembro del consejo de redacción, primero, y después como director siempre sentí una gran admiración por la capacidad con la que Andrés iluminaba los temas en sus intervenciones.

El pasado mes de octubre tuve la ocasión de conversar con Andrés en Sevilla. Había venido al Congreso Internacional de Fenomenología. Escuché por la mañana su brillante exposición sobre Husserl y pude gozar del sabio que ya era. Por la tarde, antes de tomar el tren, había reserva-

do un buen rato para encontrarnos y durante más de una hora pude gozar del amigo que siempre había sido y nunca dejará de ser.

Con la coherencia que le caracterizaba me pidió salir del consejo de redacción porque durante un tiempo no podría asistir. La prioridad era, temporalmente, otra: la plaza de profesor a la que había de presentarse el 12 de junio, el enorme trabajo que debía atender en La Coruña como profesor de la Universidad y del Instituto Teológico, además del trabajo de editor —y autor (una semana después de su muerte se publicaba su libro que recogía el trabajo de su tesis)— y los compromisos de formación para quienes se lo solicitaban.

También me dejó claro que su compromiso con la revista continuaba, anónimo por el momento, con la idea de volver lo antes posible, pues como ha dicho Miguel García-Baró, director de su tesis, la intención y el fin de sus investigaciones sobre Husserl era «fundar, mejor que como sucede, por ejemplo, en Lévinas, el personalismo en tanto que programa filosófico-político.»

Desde aquí queremos compartir el dolor con su esposa, sus padres y sus hermanos, pero también un convencimiento. Andrés buscó y amó la verdad y se le pueden aplicar las palabras de Platón en el *Fedón*: «los que filosofan en el recto sentido de la palabra, se ejercitan en morir». Este morir activo él lo practicó apasionadamente, por eso, en su muerte, confiamos que Dios le ha desvelado ya la Verdad como don en su encuentro con Él.

Luis Ferreiro  
Director de *Acontecimiento*